

JOSE M.^a CORDERO TORRES (†)

LA MONARQUIA
EN EL MUNDO ACTUAL

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 54, 1977...

La monarquía en el mundo actual

por el Académico de número y Secretario

EXCMO. Sr. D. JOSE MARIA CORDERO

I

Este trabajo es puramente descriptivo e informativo y quiere ser objetivo. Solo añade al final algunas conclusiones deducidas de la realidad.

Rehuye toda posición partidista polémica y, sobre todo, tópicos basados en una simplificación generalizada de ciertos hechos. Por ejemplo: de que actualmente sean muchos más los Estados cuya forma constitucional es republicana que aquellos otros regidos por la monarquía, se deriva, para algunos como pretensión dogmática, que la monarquía es una forma vetusta condenada a desaparecer; la verdad resulta bastante más compleja respecto a las causas por las que existe ese desequilibrio numérico, y a la seguridad profética con que se afirma algo que pertenece al futuro, agrupando en un solo tipo de mutación a Estados de muy diferentes perspectivas (1). Más exacto sería decir que requiriendo una cuidada preparación de determinadas condiciones no improvisables el establecimiento o la subsistencia de una monarquía, son mayoritarios los nuevos Estados, que a su tumultuoso o forzado nacimiento ha tenido que seguir la única solución orgánica a su alcance: la republicana, en el sentido residual con que Jellinek dijo que “es República todo Estado que no es Monarquía”, y con el alcance de la frase de Gambetta: “La République

(1) Disertación en Juntas del 13 y 19-X-1976.

c'est la facilité". Para que no haya ninguna confusión diremos que, para nosotros, Monarquía, se llame Imperio —nombre compartido con algunos ejemplos de República— Reino, Regencia, Principado e incluso Gran Ducado, Beylicato, Amirato, Jedirato, Sultanato o Makarayato, es el régimen político unitario o fiscal a cuyo frente figura como Jefe del Estado una persona designada por razón sucesoria y vitaliciamente. No olvidemos a las Regencias vitalicias, como Hungría hasta 1946, y de las que ahora no hay ejemplo; ni a las Monarquías electivas o temporales, de las que sí quedan tres: Malaya, Unión Arabe y Samoa. Los Estados personalistas, aunque tengan al frente un jerarca —Führer, Caudillo, Protector, Rais, Ogasyeto, etc.— no son monárquicos porque les falta algo o mucho en su institucionalización. Estados con Jefatura colegiada, sí que los hay; pero suelen ser Repúblicas y del tipo socialista o comunista desde la desaparición del solitario ejemplo uruguayo. En conclusión, si sabemos lo que es la Monarquía, resulta difícil agrupar en otro tipo común los ejemplos denominados Repúblicas.

II

Y vamos, por distribución geográfica, a pasar la lista de las monarquías existentes, con recuerdo de las que han existido en tiempos modernos, algunos recientes. Comenzamos por Europa, el subcontinente monárquico por excelencia cuando dominaba al mundo.

Europa engendró el tipo del Estado real al comenzar la Edad Moderna y su expansión mundial; el cambio por el Estado nacional y "constitucional" no supo necesariamente el declive de la forma monárquica, cuyo primer asalto emanó del espíritu de expansión agresiva de la Revolución Francesa. Subcontinente adelantado que exportó su cultura, incluso en lo político y lo hizo con multiplicidad de aquéllas, dentro del predominio de las latina, germánica y eslava; tiene una conciencia muy viva de la diversidad nacional y, lo que ha sido peor, de la de intereses, que ha impedido la marcha armónica del conjunto y ha mermado su influencia exterior, en lo político declinante, en América desde el siglo XIX y en Afroasia desde la mitad del XX. Hay dos cambios en el panorama constitucional europeo del siglo XX desfavorables al Estado monárquico: 1919 y 1945, el segundo de los cuales consagra el fin de la hegemonía exterior de Europa, enfrentada a dos grandes poderes republicano-federales.

Son monárquicos en Europa los tres reinos escandinavos: Dinamarca, desde el siglo X, sin discontinuidad; Suecia, desde el mismo siglo; Noruega, desde el IX. No importa que la dinastía sueca date de 1809 y la noruega de 1905, año de la separación de Suecia; incluso en los períodos de unión con otro vecino escandinavo, se mantuvo la monarquía. Los reyes son más símbolos que gobernantes y, estridencias muy minoritarias aparte, las “monarquías socialistas del Norte” —título también simplista— parecen sólidas. Hubo una cuarta: Islandia, ligada a la corona danesa en unión real (1874-1918), luego personal; pero al ser ocupada por los anglosajones en la II Gran Guerra, mientras Dinamarca lo era por el Eje, en 1944, plesbicitariamente acordó la separación y la entronización de la República. Y un Gran Ducado, el de Finlandia, ostentado por los reyes suecos hasta 1809, y por los zares luego, hasta 1917: aquí también la independencia trajo la República, por el desgraciado intento de ofrecer la Corona al Gran Duque de Hessen, poco antes de perder Alemania.

Son monarquías los países del Benelux: Holanda, república federal de 1587 a 1741, monarquía luego, con el intercalado de la “república báltava” y la anexión descarada a Francia (1795-1814) sin que después, pese a la ocupación nazi de 1940-1945, quebrara la continuidad institucional. No tiene problema dinástico ni monárquico. Más complejo es el caso belga, reino que cuenta el precedente de Isabel Clara Eugenia, y que emergió en 1830; bien que la “crisis real” (1949-1951) provocó la abdicación del rey Leopoldo, y ahora en las querellas entre flamencos y valones, éstos esgrimen a ratos un republicanismo que es más bien expresión de francofilia. Luxemburgo es, desde 1867 (salvo la ocupación nazi), un Gran Ducado, en el que la monarquía no es bandera electoral o política.

Se cita como monarquía modélica el Reino Unido de la Gran Bretaña a Irlanda del Norte. Y, en efecto, lo es desde el siglo XII, salvo el fugaz “Commonwealth”, de Cronwell, y nadie discute en serio la forma de gobierno, ligada a la expansión mundial, el Commonwealth, y a la hegemonía en declive más es de recordar que si este modelo ha alumbrado muchas monarquías filiales —empezando por los *Dominions* blancos y siguiendo por los microdominios; también, y ya en mayor número, a Repúblicas. Error difundido: que Gran Bretaña defiende por doquier la institución monárquica. Más bien los hechos conducen a la conclusión contraria desde el siglo XX, al menos desde 1917.

España, reino desde la unificación que se fija convencionalmente en 1476, ha conocido dos breves repúblicas (I. 1873-1874.

II. 1931-1936); y un largo caudillato (1936-1975), aunque desde 1947 se llamara nominalmente Reino. Es inevitable constatar que los españoles añaden a sus mil graves e insoslayables problemas, el de la forma de gobierno, amén de otros como el de la integridad de su solar, y el de la estructura de su sociedad. Preocupante recuerdo. Por lo demás las hijas de España desde México a Guinea Ecuatorial son repúblicas. En el sur de Filipinas son repúblicas. En el sur de Filipinas debelamos a los Brdoes que encontramos como antes a los aztecas e incas.

“Monarquías menores” europeas son el Principado de Mónaco, sutil dependencia francesa, y el Principado de Liechtenstein, que lo fue de Austria y ahora tiene vínculos con Suiza. No la “Repubblichetta” de San Marino; ni los valles de Andorra, supervivencia medieval no soberana. Suele calificarse de “Monarquía religiosa” a la Ciudad del Vaticano, sucesora, desde 1929, de lo que fueron hasta 1870 los Estados pontificios.

Un repaso a los demás países europeos distingue a los que han conocido la monarquía, de los otros. Ejemplo de éstos, Suiza, en la que desde 1291 se mezclan independencia (reconocida como la de Holanda de 1648) federalismo o cantonalismo o republicanismo ruralizado democrático. Francia, monarquía antigua (¿desde el siglo V?), fue república de 1792 a 1804 (Imperio), volvió al reino de 1814 a 1848 (II República) y desde 1854 a 1871. No hay en ella problema de régimen pese al valor cultural de sus minorías monárquicas, y en su ultramar más debeló reinos que los respetó (2). Portugal, reino del siglo XII a 1910 (incluso durante la unión real con España), instauró la República, con zigs-zags (1910-1926; 1926-1974) sin tener enfrente grandes masas. En Italia la monarquía saboyana, sucesora de otras seis y de dos repúblicas, estuvo ligada a la unidad (1861-1944) y desapareció tras de no muy sereno referéndum por el impacto del fascismo (que por cierto proclamó en 1944 su república en Saló) y el peso de su derrota bélica. Los graves problemas del país distraen del recuerdo monárquico a las masas.

La guerra de 1914-1918 fue trágica para las monarquías, es cierto que alumbró en el engrandecimiento de la Servia desde 1878, transformada en 1919 en Yugoslavia (aunque devorando otra: Montenegro, que lo era desde 1699 a 1918). Y de la rumana, que unió dos desde 1864; pero dañó a las búlgara, húngara, cooperó a la destrucción de la austríaca, y no instauró

monarquías en países que o las habían tenido, como Polonia (del siglo X a 1795: electiva), Letonia (que había tenido el Gran Ducado de Curlandia en el siglo XVIII), Checoslovaquia (que la había tenido desde el siglo X al XVII en Bohemia), Estonia (ligada a Escandinavia) y Lituania (gran monarquía medieval unida a Polonia del siglo XV al XVIII). Los pueblos "sumergidos" se encontraron al emerger sin dinastías nacionales, con las tradiciones dormidas, el odio al ocupante, que era monárquico con ensayos efímeros en Polonia y Finlandia, y el soplo "democrático" de la *Entente*. Pero los mayores perdedores fueron: Alemania, cuyo imperio, derivable del Romano Germánico, tomó forma de 1871 a 1918 como federación de 22 tronos, 1 anexo y tres repúblicas). Austria, monarquía del siglo X a 1918, que absorbió otras tres, unida dualmente con Hungría en 1867. Y Turquía, sede del imperio otomano (desde el siglo XV), muy cuarteado en el siglo XIX, que sucumbió ante el empuje renovador del Kemalismo, movimiento que reputó como indispensable la República para olvidar el viejo y corrompido califato. Quedaron como monarquías: Bulgaria, derrotada; Hungría (bajo una regencia que duraría hasta 1945, en que desapareció la monarquía), dos países especiales. A Grecia, en 1830, los garantizadores de su independencia le prescribieron la monarquía, pero las condiciones del país la sometieron a violentos empujones; ya que en la primera guerra el intervencionista Venizelos suplantó al Rey; la derrota ante Turquía trajo una república (de 1924 a 1933) con un dictador: Pangalos. En 1935 volvió la Monarquía, que conoció otro dictador: Metaxas. La invasión del Eje y el desembarco inglés (con los horrores comunistas en el Norte) trajeron la Regencia de Damaskinos (1944) y la monarquía por plebiscito (1946). Los "coroneles" sublevados provocaron el exilio regio, otra Regencia (de Zoitakis) y la República por referéndum (1974). Cuando los vaivenes políticos salpican a un trono, lo tambalean. Y si la monarquía recuerda al extranjero es repudiada: Eire, Malta, Chipre son dos microrepúblicas.

Albania, país tribal, fue fugaz monarquía en 1914, país ocupado en 1915; República (1925) y Monarquía (1928) nuevamente ocupado y anexo (1939) y Estado comunista en 1944. Nada serio ni ejemplificativo puede deducirse de la historia de este trozo balcánico, avanzada pro-china y stalinista.

Pero la primera gran guerra aportó una especie peculiar, presentada como republicana y federal en el Este europeo: el comunismo, que, tras la revolución de 1917, se apoderó de Rusia (1918) intervenida y mutilada, aunque recuperase a Ucrania, y al Cáucaso (donde existían confusas repúblicas sobre los antiguos

reinos medievales de Georgia y Armenia). Y que conservó a Siberia, aboliendo los *Janatos* vasallos de Jiva y Bujara, y luego a la monarquía lamaista de Mongolia.

La segunda gran guerra completó la oleada antimonárquica —por vía armada y exterior—, dando al traste con las monarquías de Hungría, Yugoslavia, Rumania y Bulgaria: aparte de “comunizarlas”, lo hizo con Polonia Estados Bálticos. Las fuerzas antimonárquicas en el continente —sectas, socialismo— se potenciaron enormemente con la difusión del comunismo, fundamentalmente incompatible con la monarquía, pese a los fugaces y tristes experimentos de Rumania y Laos.

III

Se suele decir que *América* es el hemisferio republicano por excelencia. Aparte de que Africa le hace la competencia, ello depende de lo que se entienda por República, vista la atormentada historia de muchos de los Estados llamados presidencialistas, cuando en realidad son “golpistas”. Lo cierto es que la mayoría de los Estados de América no han tenido opción al emanciparse. Así, en el norte sajón, porque la Corona ex-metropolitana recordaba el coloniaje. No obstante lo cual subsiste lozana a su lado una monarquía federal (1867) vinculada a la dinastía británica y que, en 1947, absorbió a Terranova: Canadá donde incluso los quejosos *quebecois* son monárquicos. En la América Ibérica fueron fugaces y desgraciados los dos intentos monárquicos de México (1821-1823 y 1864-1867), el último impuesto desde fuera. Más largo fue el período imperial del Brasil (1822-1889, del que quedan huellas tras las formas republicanas y al que el país debe la conservación de su unidad. En la América hispana, ni los sueños de Aranda, ni los de deseo de Ribadavia y otros cristalizaron y el republicanismo quedó como única vía, no muy tranquila; digamos que, desde 1960, cuenta con la variedad comunista en Cuba. La llamada “monarquía” de Haití no fue tal. Para encontrarnos monarquías hay que acudir a algunos microdominios fabricados en fechas recientes por el Reino Unido: Jamaica, desde 1962; Barbados 1961; Bahamas, desde 1973; los Estados Asociados (?) de Granada (1974) y Barlovento (1967), de dudosa independencia.

Más otros microdominios se pasaron a la República: Guayana (monarquía de 1966 a 1970), como ex-dependencia holandesa; Surinam, desde 1975; Trinidad, en 1976 (fue monarquía desde 1962).

También se nota la propagación británica de la monarquía en Oceanía: así, en la federal de Australia y en la unitaria de Nueva Zelanda (1900 y 1907), ligadas a la dinastía inglesa, como sucede a la reciente de Fiji (1970), en donde no pudo restaurarse a la indígena que reinó hasta 1874; si mantiene a su dinastía Tonga (1970) con restos de ella en Samoa Occidental, ex-dependencia neozelandesa que tiene, desde 1962, un monarca a cuya muerte se implantará un Estado no monárquico. De 1962 hasta la muerte de Tupua I, el reino tuvo dos monarcas: aquél y Malietoa, que vive y reina solo. Pero el antiguo reino samoano ahora está partido desde 1900. Las islas Cook, en unión real con Nueva Zelanda, son monarquías desde 1961.

Otros antiguos reinos indígenas no han sido restaurados: Polinesia (Tahití), desde 1842 francés, hoy territorio ultramarino. Hawai pasó en 1898, de reino "canaca" a fugaz república "sude-te" de los yankis, quizá la más pequeña república del mundo. Porque Nueva Guinea, al contrario, es la más grande república de esta parte, con ciudadanos en buena parte caníbales, desde su independencia en 1976.

IV

En Asia la situación ha cambiado mucho desde 1947. Era el continente de los grandes imperios ligados a una de estas clásicas culturas: árabe, india, sínica, mogola y turco-tártara. Con la presencia europea, hubo mega-monarquías dispares (Rusia, en Siberia; Turquestán e Inglaterra, en el "Imperio de las Indias"); y pequeños Estados, más dependencias menores, algunas respetuosas con los reinos indígenas. Algunas metrópolis —Holanda en Indonesia— las respetaron en forma harto comprometedor para su ulterior subsistencia como se vio desde 1945.

Pero la URSS ha establecido en Asia, a la mayor de sus XV Repúblicas (núcleo: la federal rusa) más otras cinco turquestanas. China ha sido desde 1912 una caótica república, unificada bajo el comunismo en 1947, con el apéndice de Taiwan también republicano. Como Mongolia desde 1924. El ensayo monárquico del Manchukuo (1932-1945) no pasó de instrumento japonés y desapareció con la derrota del instaurador. Es República Federal la India desde 1947, y ha ido absorbiendo y a veces triturando a los "Estados Feudatarios", algunos mayores y mejor dotados que ciertas monarquías europeas (Hyderebad, Cachemira, etc., etc.). Protegiendo, desde 1950, al pequeño reino de Sikkim, mientras

subsisten otros dos himalayos en Bhutan y Nepal. La otra India, la musulmana, es republicana en Pakistán y Bangla-Desh, como lo es desde 1976 el que fue Emirato-Reino de Afganistán. Al oeste supervive el Imperio de Irán —a veces invadido, pero nunca anexado—, como sucede en el Este con Tai, muy en peligro hoy. En cambio, en Birmania no se restauró, al independizarse en 1947, el antiguo reino indígena de Mandalay debelado en 1886; y en Ceylán la monarquía a la británica de 1948 pasó a República en 1972. Los tres reinos indochinos (Annam, luego Vietnam; Camboya y Laos), tras su guerra de los XXX años se han convertido en Repúblicas comunistas. Repúblicas son tras la partición del país, en las dos Coreas, monarquía influida por Japón desde 1905 hasta 1910. En cambio, en Japón la monarquía milenaria ha resistido a la derrota y permanece firmemente arraigada. En la zona de tránsito de Oceanía, hay dos repúblicas: Indonesia (que tuvo Estados indígenas) Singapur y Filipinas; y dos monarquías: la rotatoria pentanualmente entre los soberanos federados, de Malaya, y la “protegida” por Inglaterra de Brunei, la de Sarawak (rey blanco) fue absorbida por Malaya.

En el Asia anterior, Francia introdujo la república en Siria y Líbano; las revoluciones de Iraq y las de Yemen sobre un trono hachemita y un Imanato ibadita. El sionismo creó otra en Israel (1948). Monarquías son Jordania, Kuwait, Seudía, Bahareim, Omán, y la Federación de Emiratos Arabes, con soberano electo entre los emires. El panorama es inestable y no sólo en cuanto a la forma de gobierno. El extremismo juvenil también es antimonárquico.

Donde la forma monárquica está sufriendo una visible reducción aunque su heredera no pueda llamarse república al estilo auroamericano, es en *Africa*. Continente de imperios de raíces orientales, de “reinos indígenas, y aun de poderes pluritribales; casi repartido al alborear el siglo XX, y casi descolonizados —de Europa— hoy. Sólo conserva tres monarquías indígenas en Marruecos, Lesotho (antes Basuto) y Ngwane (antes Sqazi). Las monarquías de las independencias o restauraciones desaparecieron en Túnez, Libia, Egipto, Etiopía medieval, Zanzíbar, Gambia, Sierra Leona, Nigeria (3), en Uganda, Ruanda Burundi y Mauricio (4). Republicanas fueron siempre Argelia, Sudán, las

ex-colonias francesas del Africa Occidental y de la Central (donde hubo reinos locales más o menos estables), Liberia, Ghana, Congo (hoy Zaire), Tanzania (con el ex-emirato de Zanzíbar) las ex-colonias portuguesas (Seycheles, Zambia, Malawi, Botswana que tuvo "Jefes"), Kenia (que tuvo reino feudal: Toro, Antiode, Bangada y Buñoro) (hasta 1896 reino) Camores, y los *reductos* blancos de Rhodesia y Sudáfrica: en ésta la monarquía (popular en Natal) era sinónima de britanicismo, y la república de independencia neober. Inhabilidad de los monarcas, *leaders* ambiciosos, influjos exteriores en la "intelligentsia" y la juventud, y la idea de que el destronamiento traería venturas populares fueron motores de los cambios. Pero lo que ha traído muchos casos es: régimen expeditivo de dictadura personal y monopartidos (sin excluir la afiliación a un padrino exterior) bajo fachada generosa y autoritarismo más rígido que el ex-metropolitano. El "Tercer Mundo" (antes Afrosia, ahora también América Hispana, con peligrosas adiciones extrañas) no es monárquico, pero tampoco es muchas cosas más que se proclaman en sus documentos constitucionales y que se cumplen escasamente. Y a la inversa: las monarquías existentes en el mundo son pocas; pero la mayoría de ellas son democráticas *recto sensu*, salvo las árabes.

V

Y llegamos a las reflexiones o conclusiones que de nuestro repaso se desprenden. No pueden extenderse intemporal y abstractamente. Lo primero que observamos es que las monarquías tienen viejas raíces ligadas a la esencia de los países que rigen. Si el país se "desnaturaliza" por una transformación supranacional, aquéllas pueden secarse o caerse. Esto puede ser por vía de amplia y honda división popular, a veces de origen foráneo, o por una guerra desgraciada, o por la invasión abierta. Ni la improvisación, ni la resurrección de lo derrumbado resulta fácil.

El grado de acelerada crisis continua que denota la historia mundial en nuestro tiempo explica el declive numérico de los tronos, que no se deriva de una supuesta e inventada caducidad ante la evolución del progreso político. De hecho, en la mayoría de los casos las monarquías no cayeron pacífica ni democráticamente. Cayeron por el revulsivo explicable, pero siempre de causalidad oscura, de una fuerte derrota exterior seguida de una paz onerosa. Otras veces, por una quiebra interior, fuera político-social o más bien económica, con disfraz o no en su presenta-

ción como espontánea y con plebiscitos desequilibrados desde su planteamiento. En ciertas ocasiones, por la imposición o por una fuerte injerencia extranjera, abierta o confusa. Tampoco faltan coronas que de mejor o peor grado se aliaron con regímenes de excepción; caídos éstos fueron arrastradas y no pudieron sobrevivirles. Y las que quebraron por la ruina territorial de algún imperio deshecho. Aparte que en los países poco maduros de opinión versátil y arrastrable, la monarquía vive más en precario que en los de responsable y largo *consensus* cívico.

Raro es el caso inverso, pero puede darse: España, 1808. Ejemplo en el que concurriendo motivos para repudiar a la dinastía, el sentir popular la sostuvo. También puede citarse el caso del aislamiento del sentir nacional, cuando camarillas asfixiantes rodean la Corona, o el caso de que éstas se nieguen a defenderse y entreguen sus resortes a sus enemigos. Concluiríamos apreciando que en el mundo actual, la monarquía es un régimen minoritario a fuer de selecto, delicado y no falsificable, que exige ponderados cuidados, y amplias cooperaciones no en beneficio de un sector privilegiado ni de un grupo minoritario, sino de toda la masa ciudadana posible. El eliminarlas puede ser fácil. Lo que es más dudoso es que ello implique automático beneficio para el país afectado. Muchos griteríos antimonárquicos encubren designios bastante más hondos y graves, de los que no se vuelve.